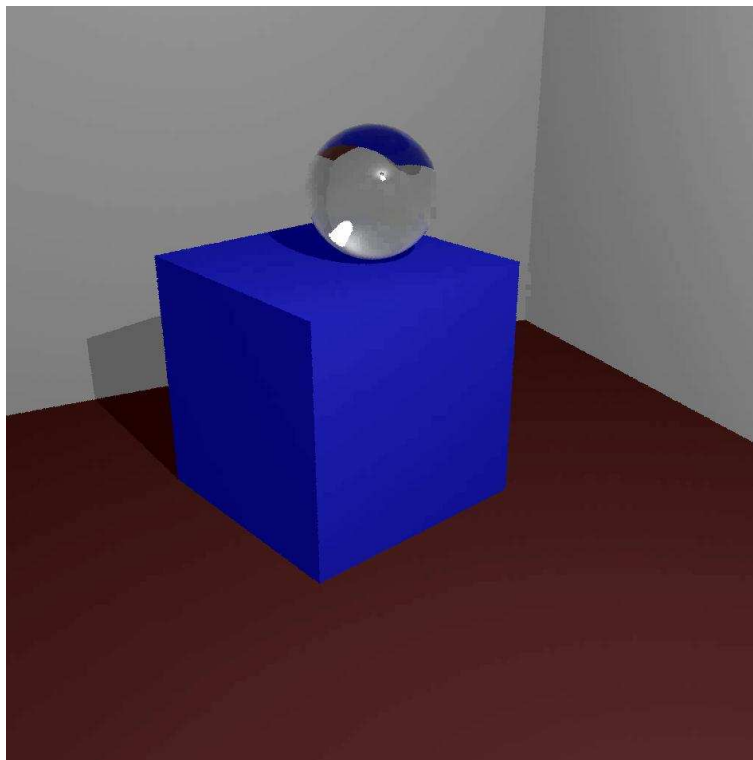


La Caja de las Almas



Un relato de Astier Sisniega

Parte 1 – De un Futuro relativamente cercano

Roberto era un muchacho de 10 años que se sentía todo un hombretón. Vivía en una casa media, en una familia de clase media, en una calle popularmente llamada calle de en medio, en una población de tamaño medio y sus notas en el colegio rondaban la media de la clase y tenía dos medio hermanas. En aquellos tiempos los niños habían vuelto a sus orígenes, ya no se pasaban tantas horas frente al televisor, ni jugaban tanto a los videojuegos. Roberto y sus amigos jugaban a la pelota en la calle, tiraban piedras a los gatos o simplemente se sentaban en cualquier esquina para matar el tiempo en las largas tardes de verano. La vida era mucho más social, pero a la vez se mantenía ese grado de individualismo y secretismo de comienzos del siglo XXI. La gente cerraba las puertas de sus casas con la misma energía que se hacía muchos años atrás. No se desconfiaba del vecino, pero quién sabe lo que a uno le puede suceder en su casa a altas horas de la madrugada.

En este futuro todo era mucho más fácil. La ropa se seguía lavando en la lavadora e inmediatamente era tendida por un sistema muy eficiente de secado. Las mujeres y los hombres tenían mucho más tiempo libre para su ocio. La vida laboral había llegado a un punto de horario establecido, por lo que la obligación de realizar horas extras era casi inexistente. Además de todo esto, el trabajo desde el domicilio estaba muy generalizado. Aparatos portátiles permitían comprobar en cuestión de segundos el buen funcionamiento de la maquinaria de la fábrica o el correcto funcionamiento de los ordenadores. Este tiempo libre había llevado a un mayor asociacionismo, a la creación de miles y miles de grupos de personas asociadas a hobbies y otros tipos de actividad, en mucho mayor grado de lo que conocemos ahora. Pero del mismo modo que habían aumentado los vínculos positivos se habían desarrollado más grupos radicales, de extrema izquierda y de extrema derecha, de violencia inusitada y mayor cantidad de personas vinculadas al mundo de las drogas y enganchadas al alcohol y el tabaco. La mayor cantidad de tiempo ocioso había llevado a una mayor sociabilidad de las personas, pero también a la descomposición de otras muchas.

A Roberto todo esto le era indiferente. Él sabía cuáles eran sus obligaciones, pero era ajeno a las de todos los demás. Sabía que si no aprobaba todas las asignaturas sería castigado, igualmente lo sería si no hacía sus deberes o si olvidaba conectar los aparatos que limpiaban su habitación y ordenaban sus juguetes esparcidos incluso por los pasillos. Roberto hacía a regañadientes muchas de las cosas que se le ordenaban. No soportaba ser interrumpido mientras leía sus últimos tebeos coreanos o navegaba a través de sus aventuras radiofónicas virtuales, pero el deber era el deber.

En aquel futuro no muy distante la gente continuaba adorando las vacaciones. Muchos sólo viajaban a lugares muy lejanos, debido a que los más cercanos ya los habían visitado todos debido a la velocidad de los desplazamientos y a los bajos precios del turismo de corta y media distancia. Mucha gente se empeñaba en visitar en vida hasta el último rincón del planeta, como queriendo dejar una huella en cada lugar que hubieran visitado. Por el contrario, otra gente apenas abandonaba su lugar de residencia o se desplazaba a cortas distancias. Las tremendas velocidades de viaje habían restado atractivo a los lugares más recónditos y hermosos del planeta, lo exótico había dejado de serlo. El turismo costero había perdido gran parte de su atractivo después de la crecida del nivel del mar. Los viajes al espacio continuaban siendo minoritarios y se limitaban a las capas más superiores. Contrariamente a lo que muchos habían predicho

el turismo espacial no se había desarrollado a una velocidad fulgurante y los precios distaban mucho de ser irrisorios.

La naturaleza estaba viviendo una segunda juventud. Con posterioridad a sus avisos en forma de terribles desastres naturales acaecidos hacía 3 decenios la sociedad mundial había tomado conciencia de su tesoro máspreciado. No habían desaparecido las voces discordantes o los que se empeñaban en contaminarlo, pero todos ellos eran mirados con muy malos ojos, por lo que sus actividades se reducían a un número muy pequeño de acciones. Roberto, en este sentido, había sido educado según la norma general, apreciando aquello que nos rodea, y teniendo muy presente toda su familia las tremendas consecuencias de los desastres naturales del pasado que habían dejado varias muertes en su familia. Aquella foto de familia que se encontraba en una pared del comedor les hacía tener muy presente lo efímera que es la vida, y la facilidad con que se puede perder a los seres queridos. Roberto había vivido en sus primeros años la desaparición del petróleo, esa materia prima tan valiosa, el oro negro que volvía locos a algunos hombres. La transición a otros combustibles más respetuosos con el medio ambiente había sido paulatina, pero para nada traumática. Las empresas tuvieron que hacer durante años inversiones muy importantes que mermaron sus beneficios de manera acusada, pero en pocos años se había recuperado y producían incluso de una forma más eficiente, incrementando su producción de forma casi exponencial.

La televisión era un elemento más común si cabe que en el pasado. Todos los dispositivos conocidos proyectaban imágenes de televisión y colocaban los anuncios en los lugares más vistosos. Así, se podía ver la televisión sobre los microondas, en los espejos, en algunos cuadros e incluso los periódicos incluían archivos de vídeo. La calidad de la misma era muy diversa, desde los programas más divertidos e interactivos, hasta los más monstruosos y sangrientos que un estómago a prueba de bombas puede soportar. La gente podía obtener la programación que deseara en cualquier momento y en cualquier dispositivo, la suprainernet permitía la comunicación instantánea a través de los sentidos, de este modo era muy sencillo estar leyendo el periódico y comenzar a sentir un suave cosquilleo sobre la piel, una sensación grata de higiene, provocada por un anuncio de cosméticos o de jabones. La publicidad había logrado llamar la atención de tantas formas diferentes, que en ocasiones era difícil de distinguir la línea entre la publicidad y la vida privada. Para las empresas no había secretos, ellas sabían hasta lo que la gente disfrutaba en la intimidad de sus casas y generaba anuncios y necesidades en los momentos más singulares. Roberto aceptaba como cualquier otro niño los dictados de los medios de comunicación pese a las advertencias de sus padres. Al fin y al cabo la última palabra siempre la tenían ellos. El dinero físico no existía. Los chips implantados en las extremidades actuaban como tarjetas de crédito y en el caso de compras efectuadas por menores se requería la aprobación de los padres. Del mismo modo, si una persona adulta realizaba una compra considerada extraña o de cuantía desmesurada se avisaría a su familia y a las autoridades de consumo para evitar cualquier estafa o adicción. De forma extraña, se producía una contradicción entre la publicidad más agresiva y la limitación más hilarante e hipócrita. Con todo, éste era el sistema más adecuado que se había ideado y llevaba implantado muchos años en las sociedades más desarrolladas.

Las diferencias Norte-Sur se habían incrementado, aunque la ayuda internacional y el comercio funcionaban mucho mejor que años atrás. Sí, la distancia entre ricos y pobres

era cada vez más grande, pero la mayor parte de la población alcanzaba a suplir sus necesidades más básicas sin problemas.

Parte 2 – La llegada del Otoño

Aquella mañana de otoño transcurría soleada y con unas temperaturas más altas de lo habitual. Roberto había terminado su segundo desayuno del sábado cuando por la radio pasaron una cuña sobre nuevas versiones mejoradas de almas. En esos momentos las almas se habían convertido en piezas de interés general. Las almas se sorteaban en todo tipo de concursos; la gente ahorraba para hacerse con una de nivel superior. Una vez perfectamente desarrollada la ciencia médica especializada en la cirugía estética la gente había dejado de poner sus miras en algo tan sencillo de conseguir como un rostro perfecto o un cuerpo de infarto. Las almas triunfaban por todas partes. Hacía mucho tiempo que habían dejado de ser un capricho para los más ricos, para pasar a ser una compra al alcance de cualquiera. Las empresas especializadas continuamente obtenían nuevas versiones mejoradas, que prometían jugosas novedades. Como es lógico estas nuevas unidades eran mucho más caras que las más antiguas, pudiendo encontrar estas últimas hasta como regalo en productos alimenticios. Claro está que eran muy pocos los que hacían ya uso de estas viejas versiones, y muchos de ellos las empleaban con sus mascotas y animales de compañía.

Roberto nunca había prestado mucha atención a todo lo que rodeaba al comercio de almas, simplemente lo ignoraba por completo. Mucha gente aparecía por las televisiones afirmando que con sus nuevas almas eran personas enteramente nuevas, que habían resarcido sus pecados y tenían una energía inusitada que les había llevado al triunfo personal y al reconocimiento de sus semejantes. La gente comenzaba a valorar tanto o más la importancia de su alma recién adquirida que su fachada exterior. Muchos aseguraban que sus transformaciones físicas eran frías, sin personalidad, que les habían privado de parte de sus rasgos característicos, un diente saliente o un mentón muy pronunciado. La adquisición de una nueva alma irradiaba su exterior, y les convertía por dentro y por fuera en personas totalmente nuevas.

Roberto comenzó a sentir la necesidad de probar aquello de lo que todo el mundo hablaba. No por ningún motivo en especial, era simple curiosidad. No sentía la necesidad de saberse triunfador, ni de conquistar a alguna de sus compañeras de curso, ni de sentirse más joven dada su edad, simplemente le intrigaba saber lo que sucedería. Comenzó a idear la forma de hacerse con un modelo bastante decente sin ser una última novedad. Roberto tenía amistad con Miguel, el hombre que cuidaba su colegio. Muchas veces hablaba con él cuando salía de clase o cuando lo encontraba por la calle. Sabía que era alguien en quien podía confiar. Estaba seguro que si le pedía un favor él sabría guardar su secreto. Roberto no podía pagar su compra con su chip pues necesitaría la autorización de sus padres, pero creía poder encontrar la forma de pagar a Miguel y que éste realizara la compra por él, un sistema tan clásico como el hombre pero adaptado a los sistemas del futuro. Durante muchas semanas fue arañando pequeñas cantidades del dinero que recibía de sus padres. Si acudía al cine interactivo lo hacía andando y no pagaba el transporte. Si tenía hambre se alimentaba de concentrados azucarados en lugar de comprar algo que fuera más caro. En varios meses reunió la cantidad necesaria para poder transferírsela a Miguel. Éste creía que la compra de almas era una moda absurda, carente de cualquier atractivo, pero era incapaz de negarse ante los deseos de Roberto.

Parte 3 – La buena nueva

Aquella mañana de domingo el colegio estaba cerrado. Sólo se podía observar en su interior las luces dadas donde algunas máquinas de limpieza se afanaban por dejar todo impecable para el siguiente día de clase. Roberto caminaba con los ojos todavía entrecerrados por el sueño. Aquella era un mañana muy fría. Con sus manos en los bolsillos y apretadas contra su cuerpo se acercó a la puerta de entrada ansioso. A través del cristal pudo observar la figura del solitario Miguel que acudía en su encuentro y le observaba a través del cristal con rostro serio. Cuando el conserje abrió la puerta comenzó a hablar a Roberto, aunque éste, totalmente ausente, no escuchaba sus palabras. Tenía su mirada depositada sobre la pequeña cajita de apenas 10 centímetros por 10 centímetros que Miguel sostenía entre sus manos. La superficie era de un color azul oscuro muy intenso. Cuando Miguel se la entregó, Roberto apenas llegó a articular una despedida y huyó corriendo a gran velocidad, totalmente ajeno al frío reinante. Antes de entrar en su casa tomó la caja sobre sus manos y el vaho de su boca se desplazó hasta chocar contra la superficie de la caja. La guardó entre su ropa y entró adentro. A escondidas abrió aquel enigmático contenedor. Dentro se incluía una cajita de menor tamaño y de la misma textura, y unas instrucciones donde se reflejaba la autenticidad del artículo y su modo de uso.

La primera condición era permanecer en una habitación totalmente a oscuras donde no traspasara ni un solo rallo de sol. Era muy importante cerrar la caja después de su apertura y remitirla a una dirección adjunta en las instrucciones. Como segunda condición aparecía que su uso sólo estaba permitido en personas adultas o impedidas con el consentimiento de un tutor. Asimismo se prohibía expresamente su uso en menores, pero no por motivos de salud, sino por motivos morales, pero todo esto parecía no importarle a Roberto. La última condición y no por ello la menos importante era tener en cuenta que la reacción era imprevisible.

Roberto esperó a la madrugada para levantarse de su cama y bajar las escaleras que conducían al garaje. Estaba convencido de que en aquel lugar no sería descubierto, pues sería el último lugar donde entraría cualquier miembro de su familia a aquellas horas. Del mismo modo, la poca luz artificial del exterior no podía penetrar en el garaje. Roberto apagó la luz del garaje con su mano izquierda mientras con la derecha sostenía el pequeño paquete. Totalmente a oscuras y temblando en pijama abrió la caja. Siempre había imaginado algún sonido especial, o por lo menos un destello. Sin embargo, no sucedió nada. El más absoluto de los silencios. Confuso, cerró la caja y repitió los pasos de nuevo por si hubiera cometido algún error. El resultado fue el mismo. Entonces, se dirigió a su cama y trató de conciliar el sueño, dejando a buen recaudo la caja escondida entre sus libros del colegio.

A la mañana siguiente y sin apenas haber dormido Roberto envió a primera hora la caja a la dirección señalada. Desde allí acudió directamente a su colegio, donde tampoco logró estar concentrado durante las clases. No percibía nada anormal, la gente le trataba como de costumbre, sus compañeros se dirigían a él como siempre y los profesores le ignoraban como a uno más entre la multitud. En su casa sus padres sí le percibieron más nervioso que de costumbre, inquieto, incapaz de mantener la atención sobre nada más allá de cinco minutos, pero tampoco se inquietaron, pensaron que sería algo propio de la edad. Sus hermanas se burlaban de él, pero no las hacía caso. Aquella primera noche Roberto logró dormirse en los primeros minutos. A la mañana siguiente se despertó

totalmente descansado y resuelto. Las siguientes noches transcurrieron del mismo modo, sin embargo, pasada una semana comenzó a soñar con una voz. Una suave voz femenina que le susurraba frases incomprensibles. La primera noche el sueño fue igualmente placentero. Las noches posteriores soñó de nuevo con la misma voz que repetía aquellas frases incomprensibles, expresadas en el mismo tono y en el mismo orden, ni más rápido ni más despacio, exactamente igual cada noche. Poco a poco fue durmiendo cada vez menos hasta que el susurro de aquella voz en su mente le impedía dormir. Era una voz aterciopelada e inocente que comenzó a atormentarle. Por supuesto, no habló ni una sola palabra con su familia respecto al tema, sólo podía confiar en Miguel.

Roberto esperó a que finalizasen las clases para ir en busca de Miguel aquel miércoles. Le contó todo lo sucedido como si de una gran liberación personal se tratase. Miguel escuchó todas y cada una de sus palabras, mezclando cierta incredulidad con una risa que no podía evitar que aflorara. Lo único que se le pasó por la cabeza a Miguel fue recomendarle que acudiera a la dirección que venía indicada en las instrucciones para expresarles su problema.

Parte 4 – Siguiendo los consejos

Roberto tomó la dirección y la leyó en voz alta asegurándose que nadie le escuchara. “Calle del Alma Eterna número 23” repitió dos veces. Consultó a varios transeúntes hasta que logró informarse del tranvía magnético que podía acercarle a esa calle. Era domingo, por lo que el tranvía estaba semivacío y las calles soñaban con la intensa noche del sábado. Al llegar a la parada Roberto descendió y fue comprobando la numeración de los portales. El sistema era algo diferente al actual, los números se ordenaban todos seguidos, sin respetar la distinción entre pares e impares, de modo que cada calle recibía dos nombres distintos. Roberto llegó a un gran portal con unas puertas macizas que cortaban el paso. Tan sólo había un pequeño cartel que indicaba Almas Research S.A. Había un botón de pequeño tamaño en un lateral. Lo pulsó y no obtuvo respuesta. Durante varios minutos continuó pulsándolo y no observó ninguna reacción. Desesperado dejó apoyado su dedo sobre el botón durante varios minutos, sin escuchar ni siquiera el mínimo sonido de timbre o de movimiento interior. Se sentó junto a la puerta perdiendo toda esperanza. Los minutos fueron pasando lentamente, más largos de lo normal al tratarse de un domingo y estar las calles del centro vacías. Dos horas después y mientras estaba sentado en el exterior aterido por el frío, una pequeña compuerta imperceptible se abrió y de ella cayó una caja del mismo tamaño que la original, y con la misma textura azul oscuro intenso. Roberto la tomó en su mano y no pudo resistir abrirla en aquel preciso instante. En su interior se encontraba de nuevo una caja de menor tamaño y unas instrucciones idénticas a las primeras.

Tomó el camino de su casa y en la madrugada repitió el proceso depositando en ello todas sus esperanzas. Cerró la puerta de su habitación y bajó las escaleras que conducían al garaje. En su interior apagó las luces y repitió el proceso con mucha más premura que la primera vez. Al abrir la caja nada sucedió. Triste regresó a su habitación, pues aún sabiendo que en la primera ocasión no había sucedido nada esperaba alguna señal que indicara el cambio. Se acostó y logró dormir no sin muchas dificultades. A la mañana siguiente se encontraba plenamente descansado. Comenzó a recuperar las esperanzas, sin olvidar que en la anterior ocasión fue con el paso de una semana cuando empezaron los problemas. Los siguientes días fueron muy largos para él. Pese a su corta

experiencia tuvo la sensación de saberse un veterano. La semana pasó y al siguiente lunes no soñó con nada en especial. Todo había regresado a la normalidad.